

EPISTOLARIO DE LA REVOLUCIÓN

Piedras Negras, Coahuila, julio 20 de 1913.

Sr. Ing.
Francisco Trinidad Fabela y
Sra. Guadalupe Alfaro de Fabela.
Independencia No. 24.
Veracruz, Ver.

Mis adorados padres:

Desde que salí de México el mes de mayo para embarcarme en Veracruz rumbo a la Habana y Nueva York, mi decisión estaba tomada: incorporarme a la Revolución poniéndome a las órdenes del Primer Jefe don Venustiano Carranza. Pero no queriendo dejar a ustedes en la zozobra respecto a mi porvenir, ni tampoco exponerme a que me dieran consejos contrarios a lo que yo consideraba un deber sagrado y definitivo que de ninguna manera habría de rectificar, les oculté mis propósitos manifestándoles que iría a trabajar a los Estados Unidos, muy probablemente a la National Surety Company, de la que había sido abogado en México.

Yo les pido perdón por esta conducta que consideré como una piadosa inexactitud, pues mis intenciones fueron siempre las de ahorrarles preocupaciones y sufrimientos el mayor tiempo posible. Pero ahora ha llegado el momento en que sepan toda la verdad y me disculpen al comprender las razones poderosas que me han impulsado a poner todos mis esfuerzos y mi vida misma al servicio de la Revolución.

Ya estoy en ella. Ayer llegué de Nueva York en compañía de mi querido amigo y correligionario el coronel Antonio I. Villarreal, e inmediatamente me puse a las órdenes del general Jesús

Carranza, hermano de don Venustiano, para que dispusiera de mis servicios como lo tuviera a bien. Como don Jesús me expresó que en ausencia de su hermano el jefe de las fuerzas revolucionarias de Coahuila era el general Pablo González que se encontraba al sur, en la Hacienda de Hermanas y a él debía dirigirme para que determinara lo que creyera conveniente respecto de mi persona; *mañana misma, en un caboose* que ha puesto a mi disposición el señor Carranza, bajaré a Hermanas para entrevistar a don Pablo y saber si me da de alta en sus fuerzas como son mis deseos o me encarga de otra comisión; en la inteligencia de que después de esa entrevista volveré a escribirles en seguida para que sepan cual va a ser mi destino.

* * *

Tengo la esperanza fundada de que, ustedes mis inolvidados papás, aprobarán mi conducta por una razón fundamental: porque creo cumplir un elemental deber patriótico como diputado al Congreso de la Unión, y como mexicano que está viendo a su patria ultrajada en su constitución y hundida en la más vergonzosa indignidad después de los asesinatos infames del apóstol y mártir Madero y de su noble compañero Pino Suárez.

Yo sé que desde que reciban esta carta, vivirán, lo mismo que mis hermanas, en una constante preocupación por la suerte que el futuro me depare; pero confío en que los seres bienamados que me dieron la existencia y me enseñaron desde niño a ser un hombre de honor, entrarán en mi espíritu, el que ustedes mismos formaron con la educación que me dieron y el ejemplo inmaculado de su conducta, no sólo para comprenderme sino para alentarme en los ideales que persigo al entregarme en alma y vida a nuestra patria.

Tú has sido, papá adorado, el que me ha enseñado a ser un varón cabal, de firmes convicciones patrióticas y enérgicas que tú me has señalado. A este propósito quiero recordarte un incidente que quizá tú hayas olvidado, pero que a mi espíritu juvenil de entonces se le grabó para siempre en el recuerdo.

Cuando un día llegó a verte un comisionado del gobierno llevándote unos papeles y te dijo que habiendo sido tú nombrado *empadronador de manzana*, te dejaba esos documentos para que empadronaras a los vecinos a fin de preparar la reelección del señor Presidente don Porfirio Díaz, tú le contestaste:

—Yo no me presto a farsas. Llévase sus papeles y vaya con Dios.

A lo que respondió el aludido:

—Así lo comunicaré a la Superioridad.

—Haga usted lo que le plazca y déjeme en paz—, le replicaste indicándole que se marchara.

Por eso desde joven aprendí de tu ejemplo el tener hombría y decoro. Tú me enseñaste el concepto del honor, de la dignidad y del patriotismo; y por eso estoy aquí para honrar el nombre que me diste, para hacer respetar la dignidad de México y la mía propia, y también porque no concibo que un representante del pueblo como yo lo soy, se cruce de brazos y acepte como buenos y legales los hechos consumados en toda la República por un soldado traidor que, con la ayuda de todos los elementos civiles y militares del antiguo régimen profirista, trata de retrogradar la política del país a los tiempos de la vieja dictadura que ocasionó el movimiento redentor encabezado por el señor Madero.

Y eso no puede ser, y no será, porque la nación entera no lo toleraría, como lo demuestran las sublevaciones constantes que cunden por todos los ámbitos del país en contra de los hechos criminales acaecidos en la Ciudad de México.

Por supuesto que en esos rincones del corazón donde palpitan nuestros claros presentimientos, yo siento como un axioma, que tú estarás satisfecho de mi conducta, porque recuerdo perfectamente que cuando asesinaron al Presidente Madero, estando con ustedes en Veracruz te dije:

—Papá, me voy a México a ocupar mi curul en la Cámara de Diputados. Ese es mi deber.

—¿Y cuál será tu actitud?—, me preguntaste.

A lo que yo te respondí con resoluta energía:

—De oposición a Huerta.

¿Y no recuerdas, papá adorado, cuál fue tu reacción ante mi actitud?

Me tendiste tus brazos, me besaste la frente y estrechándome fuertemente contra tu pecho, con los ojos irisados por el llanto me dijiste:

—Que Dios te bendiga y te cuide hijo mío. Me siento orgulloso de ti.

Con este antecedente que me dio grandes alientos para condu-

cirme en la Cámara, sin vacilaciones, inyectándome una fe en mí mismo como nunca la tuviera, después de jurar en una sesión solemnísimas e histórica del "grupo renovador" que todos nos comprometíamos a hacer oposición al usurpador hasta hacerlo caer, pronuncié el discurso suicida del Teatro Xicoténcatl el 10. de mayo, discurso que ocasionó las órdenes de aprehensión en mi contra, de las que me salvé milagrosamente cuando llegué huyendo a Veracruz y tú me ayudaste a pedir amparo y a preparar el viaje que me salvó la vida.

Con ese recuerdo imperecedero en mi memoria estoy seguro de que al recibir esta carta, pensarás lo mismo que aquel día inolvidable y que volverás a decirme aquellas tus bellas palabras que tengo troqueladas en mi mente:

—Que Dios te bendiga y te cuide hijo mío. Me siento orgulloso de ti.

* * *

Respecto a ti mamacita de mi corazón, qué te diré sino que tengas confianza en Dios y en la buena estrella que ha guiado mis pasos por el mundo. Tú eres optimista, tú has sido siempre mi maestra de felicidad. Heredé de tu dilecto espíritu de artista un amor infinito por la vida; guardo por todos sus dones que nos ofrece, verdadero culto; pero ese apasionado apego que tengo por la existencia no lo concibo sin la libertad. Y allá en México las libertades no existen porque las ha conculcado una tiranía oprobiosa. Por eso abandoné la capital; por eso me desprendí de todo cuanto me era grato: casa, libros, amigos y amores. Por eso los dejé a ustedes sumidos en la amargura de pensar si el abrazo que me dieron cuando me embarqué en "La Navarre" sería el último que recibirían del hijo querido que les debe lo que es.

* * *

Yo bien sé que la historia de mi vida va a cambiar totalmente; que correré peligros, sinsabores, decepciones. Me doy cuenta, inclusive, de que la guerra civil que se ha encendido en toda la República, podría hacer de mi persona una de las innumerables víctimas que caerán en la contienda. Pero eso no me arredra, sino al

contrario. ¿Qué más puedo ofrecer a nuestra patria que mi modesta vida si ella le puede ser útil para conquistar su libertad, lavar su decoro mancillado y conseguir al fin la independencia y la felicidad que merece?

Termino esta mi primera carta escrita con la más profunda emoción, dentro del campo revolucionario, haciéndoles una declaración la más sincera que haya sentido mi corazón. Que me siento el ser más venturoso de la tierra porque estoy satisfecho de mí mismo; porque la voz de mi conciencia ciudadana me dice que estoy cumpliendo con una sacrosanta misión; que si no hubiera abrazado la causa de la Libertad bajo cuya bandera me amparo y por cuyos ideales lucharé hasta vencer o morir, me sentiría un mexicano indigno de serlo, un hijo que deshonraría el apellido que lleva y un ser que no tendría las características de llamarse hombre.

Espero su respuesta cuanto antes les sea posible, enviándomela a cargo del general Jesús Carranza, aquí en Piedras Negras. Y mientras la recibo, este su hijo que los adora entrañablemente les besa el alma y confía en que le mandarán con su conformidad respecto a mi conducta, la bendición de sus santas manos.

Isidro.

P.D.—A mis hermanos todos y a Emilio, Rosita y Efrén, mis mejores recuerdos.

(Carta Inédita.)

CARTA DE MI PADRE

Sr. Lic. Don Isidro Fabela.
Piedras Negras, Coahuila. México
(Vía New York, Por la Ward Line).
a/cargo del Sr. Gral. Jesús Carranza.
Edificio de la Aduana.

Mi querido hijo Isidro:

Acabo de leer tu carta escrita en Piedras Negras, que nos hizo a todos en esta casa una gran impresión. Tu mamá, delante de tus hermanos, se contuvo para no llorar; pero cuando estuvimos solos ha derramado muchas lágrimas porque piensa que vas a correr peligros y para una madre lo primero es la vida y la felicidad de sus hijos. Pero al escribirte esta carta ya está tranquila, o por lo menos resignada porque sabe que tú te sientes feliz pues comprende que estás cumpliendo con tu deber de buen mexicano.

En cuanto a mí voy a hablarte con entera franqueza. Hiciste mal en ocultarnos la verdad, aunque comprendo tus buenas intenciones de no hacernos sufrir durante el mayor tiempo posible, como tú mismo dices.

Te agradecemos tus deseos inspirados en el amor que tienes por tus padres, pero yo hubiera preferido conocer tus propósitos desde que nacieron en tu conciencia *para felicitarte por tu decisión y sentirme orgulloso de tu conducta como me siento ahora hijo mío.*

Conociéndome como me conoces y sabiendo perfectamente bien cuales han sido mis ideas respecto a la dictadura del general Díaz, a la Revolución del señor Madero y al ignominioso cuartelazo de febrero, me extraña que hubieras podido pensar que yo no aprobara tus actos últimos como aprobé tu conducta en la Cámara cuan-

do te uniste a los renovadores que representan la dignidad del Congreso al hacer oposición, como la han seguido haciendo, al soldado traidor que usurpó el poder.

Pero en fin hijo mío, no quiero reprenderte sino alabarte. Lo hecho, hecho está y ya pasó; pudiendo decirte, eso sí para tu satisfacción, que realmente a tu mamá y hermanas les ahorraste tristezas pues todo el tiempo que estuviste en Nueva York te creyeron a salvo de cualquier peligro, mientras que ahora, como es natural, se preocuparán constantemente sobre la suerte que puedas correr en la revolución que estará llena de sorpresas para ti mismo y para todos nosotros.

Yo bien comprendo que de ahora en adelante estarás sujeto a todas las contingencias que traen consigo las guerras civiles; pues presiento que quizá no sepamos de ti en mucho tiempo, sobre todo si te incorporas a las fuerzas del general González ya entonces entrarás a la lucha armada y sólo Dios sabe lo que te pueda ocurrir. Pero como en caso semejante yo hubiera hecho exactamente lo mismo que tú, no les quedará a tus padres otra cosa que hacer sino rogar a la Divina Providencia, que te ampare, te devuelva a la casa paterna sano, salvo y victorioso, porque eso querrá decir que se ha salvado nuestra querida patria de las desdichas que está padeciendo.

* * *

Ahora voy a hacerte mis recomendaciones y a darte mis consejos. Ten confianza en ti mismo como yo la tengo en tu conducta. Eres como yo soñé que fueras, todo un hombre de honor. Síguelo siendo siempre, siempre hijo mío, que con ello honrarás a tus padres y les pagarás ampliamente lo que han hecho por ti en la vida. Sé valiente en cualquiera circunstancia en que te encuentres porque si te faltara el valor en momentos de peligro te despreciarías a ti mismo y los que conocieran tu debilidad te calificarían de cobarde que es lo peor que a un verdadero hombre le puede pasar en la vida.

Oye bien lo que voy a decirte y no lo olvides en todos los momentos de tu vida: yo preferiría saber que has muerto con dignidad y con honra, y no que vives después de haber cometido actos indignos reprobados por la moral, la justicia y el patriotismo.

Defiende tu causa que es la mía, con entusiasmo y sin miedo, porque el señor Carranza y todos aquellos que están a su lado tienen toda la razón en haberse levantado en armas contra los que después de haber cometido muchos crímenes ahora quieren gobernar al país por medio de la fuerza bruta.

Eso no puede ser hijo mío, porque si toleramos a estas gentes quedaríamos ante las naciones extranjeras como un pueblo que *no tiene ni el valor ni la vergüenza de defender sus derechos.*

Escribe hijito, escribe siempre que puedas todo lo que veas, lo que te pase; escribe sobre la Revolución. Tú tienes una gran facilidad para escribir y desde muy pequeño tuviste la vocación por la literatura, a la que te has dedicado con gran cariño. Aprovecha tus aptitudes de escritor que pueden ser muy útiles el día de mañana cuando se vaya sabiendo todo lo que ustedes, los revolucionarios, hicieron para derrocar la tiranía que cuanto antes debe acabar.

* * *

No te preocupes por nosotros, preocúpate por tu causa, defiéndela, lucha por ella como puedas, siempre pensando que la revolución tiene que vencer al fin porque todo el pueblo sano está con ella.

Si no lo sabes ya, es conveniente que lo sepas. Por acá por el sur y por el sureste la gente se levanta por todas partes. La revolución es un incendio que nadie podrá apagar. De manera que ten la absoluta confianza de que al fin y al cabo ustedes llegarán triunfantes a la ciudad de México y que Huerta caerá irremisiblemente.

* * *

Yo todas las tardes me reúno con un grupo de amigos, en la mueblería de don José Izazola. ¿Lo recuerdas? El papá de Pepillo, que tanto te quiere. Después de comer y descansar, muy despacio, para no fatigarme de la tos y la disnea que me agobian, me voy a la mueblería del brazo de nuestro buen Efrén, que allí me deja para volver por mí al ponerse el sol. Nos reunimos con don Pepe, el amigo Carlin, el entusiasta Melgar, a veces el licenciado Domínguez que es muy amigo de la casa como doña Micaela y Maru-

jita su hija; y por supuesto Pepillo que siempre nos trae noticias de las más interesantes dándonos cuenta de los nuevos levantamientos que hay en toda la República.

Ya te figurarás como hablan de ti todos estos buenos amigos. Te ponen por las nubes y yo me siento tan orgulloso de escucharles que a veces tengo que contenerme para que no me conozcan la emoción que me oprime el pecho.

Ya termino hijito porque aunque esta carta la he escrito en tres partes, ya me siento muy cansado.

Tu mamá está bien y trata siempre de mostrarse muy alegre para que yo no me aflija; pero la conozco tanto, tanto, que sé perfectamente que me oculta su inmensa pena de pensar los peligros que pudieras correr. Pobrecita, ahora ya no sólo se aflige por mis males sino por lo que será de ti.

Yo sigo adelante con mi enfermedad que no tiene remedio. La fatiga me deprime y la tos me agobia constantemente; aunque aquí, en Veracruz, me siento mucho mejor que en Orizaba, pues ya sabes que para la enfisema pulmonar el mejor remedio es estar a la orilla del mar. Y como mi ángel guardián, que es este tesoro que Dios me ha dado por esposa, me cuida a todas horas lo mismo que tus hermanas y Rosita, pues la voy pasando, pasando hasta que Dios quiera llevarme a descansar para siempre.

Lo único que le pido a la Divina Providencia es que me conceda la gracia de volver a verte lo mismo que a tu hermano Juan Manuel que hace mucho no nos escribe. No sabemos como estará en Guanajuato donde el pueblo también se ha sublevado contra Huerta.

No nos dejes sin tus noticias hijito, son nuestro único consuelo, nuestra ilusión, nuestra dicha más grande. Pensamos en ti a todas horas, y por las noches, tu mamá y yo rezamos porque Dios te cuide y nos devuelva a nuestro hijo querido para besarle la frente mil veces.

Ya no puedo seguir hijo mío. Que Dios te bendiga como te bendicimos tu mamá y yo, con toda el alma.

FCO. TRINIDAD FABELA.

(Carta Inédita.)